



# Vivir en las nubes

Javier Ramírez Viera



## VIVIR EN LAS NUBES

Javier Ramírez Viera

Escritia.com

Amazon.com y en formato KINDLE

2013, Las Palmas de Gran Canaria, España.

Printed in USA-Impreso en Estados Unidos.

Todos los derechos reservados.

Quedan terminantemente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos.



# **VIVIR EN LAS NUBES**

Javier Ramírez Viera

## Capítulo primero

Tengo tres amigas.

Eso no es ninguna novedad. La mayoría de las personas tienen no sólo tres, sino muchas más.

Eso sí, cada amigo es un mundo. En este caso, mis tres amigas son tres hermanas. Hermanas entre sí, se entiende. Empero, aún con la misma sangre de por medio no creo poder distinguir tres personas más distintas entre sí. Por fuera, en sus pintas, en las caras que les dio la naturaleza y hasta en los gestos, se calcan. Incluso se tiñen al natural de un pelirrojo zanahoria que atrae las miradas. Empero, por dentro, son tres polos opuestos... y, claro, los normal en ese rollo de los polos es que sean sólo dos. Dos que se repelan... pero, ¿acaso tres?

...Tres son un caos.

Vivian me llamó por la mañana muy emocionada. De alguna manera, ese tipo de llamadas tempraneras tienen que ver con las llaves perdidas del coche, un sueño premonitorio, un descalabro hormonal... o una amanecida de película tras un polvo maravilloso con un hombre único en el planeta.

"Oh, Dios mío..." me dice, en la llamada, tras que yo la haya descubierto en su delirio apenas por el pequeño indicio de la hora tan tempranera en que me hace la llamada, "es perfecto".

Voilà... es un tío. Un hombre, quiero decir. Un tío es otra cosa. Lo que ha descubierto es un señor, un caballero que promete lo suyo.

"Tenemos que quedar, que te cuento", me dice.

Y la veo venir con los ojitos iluminados con estrellitas. Sonrosada, lo que me hace pensar que aún tiene embutida la sangre en la cabeza de la posturita exótica a la que la sometieron anoche en un sofisticado loft de Park Avenue. Y

algo de ojeras, desde luego; el corrector no la puede esconder la cara de felicidad.

—Nena... —me dice, —es perfecto.

Sí, ya sabemos de quién habla. Hablamos de un misterioso caballero que, al menos por lo que por ahora ha dejado entrever, es justo todo aquello que una mujer espera de un hombre; como siempre y hasta que el sujeto la caga.

—Sigue siendo un chico de una noche —sopeso. —Es pronto, y ya lo sabes.

—Pero promete una barbaridad... Joder... —y le siguen chispeando los ojos. Mis tres amigas, las tres hermanas, son todas distinguidas, de muy buena cuna. Han sido educadas en los mejores colegios de la ciudad, y la que no sabe tocar piano lo hace con el violonchelo. Visten como reinas, pero a menudo veo que se deprecian como mujerzuelas: —Pero no te equivoques; aún no hemos hecho nada.

Touché. Me equivoqué. No ha sido una noche loca de sexo disparatado. Parece que ha sido algo peor; un enamoramiento totalmente impredecible, completamente innegociable.

...Bueno, ya sabemos cómo funciona esto de las amigas:

—Cuenta —le pido.

—Lo conocí anoche.

—Eso es obvio; me has llamado por la mañana.

—Ajá. Es guapo, guapo, guapo...

El claro principio de idealizar a la gente por su aspecto. Lo describe como angelical. Maduro, claro está. Mis amigas ya van de treintañeras y sumando, y le caen hombres interesantes. Los ojos del chico son claros, y su cabello rubio, ondulado. Y no es chico, es un, claro está, interesante gentleman con mucho porte, con algunas pocas canas.

Le pasó así:

Sin saber que va a encontrarlo, Vivian se viste apenas sin ganas. Es una cena de compromiso, y cree que no va a sacar nada en claro de ella. Una cena en las afueras, en una preciosa mansión. Y no quiere ir porque no es una cena de sus habituales círculos ecologistas. No hay razones humanitarias o caritativas; se topó con su prima más odiada, rieron y charlaron menudencias de encuentro casual entre quienes fingen una amistad o una cercanía y, al cabo, tuvo que aceptar una cena de prestigio para la sociedad protectora de animales, de la cual, su prima, es militante de primer orden.

Vivian ya ha superado esa etapa. Sus metas altruistas vuelan unos cuantos problemas globales más allá. Hace tiempo que los chuchos de la calle dejaron de interesarla. Precisamente, cuando Papá elogió el gran buen corazón de su hermana menor, la que atiborró su apartamento de chuchos mundanos. Y Vivian quiso ir más allá. Quiso demostrar a Papá que su alma también es blanca, y entonces empezó con el rollo de las ballenas. Salvarlas a todas, se supone, al menos hasta que se coman todo el plancton y la evolución de las especies de otro giro de tuerca, que esas bestias del mar vuelvan a caminar la tierra y entonces devoren a los humanos y una justificación para matarlas. De ahí al oso polar hay un paso. Claro que, evidentemente, no puedes llenar tu casa de osos polares... y mucho menos de ballenas; Papá no podía verlo. Por eso, porque Papá adora las puestas de sol y los amaneceres, lo más grande y palpable que puede salvar Vivian para ganarse la admiración paterna es el mismo suelo que pisa, el mismo aire que respira... el planeta.

“¿Ves, Papá...? Cada bocanada de aire que respiras es un poquito más agradable que la anterior gracias a nuestra lucha”.

Chorradas aparte, y unos donativos más tarde, Vivian se planta allí, en una cena benéfica a la que no quiere ir. Su única esperanza es que, ¿quién sabe? quizá pueda encontrarse con alguien al que adherir, más que afiliarse, a su inten-

so programa de sanación planetaria. Y ve que casi todo el mundo lleva sus perritos de mierda a la cena. Perritos de los basureros, de las autopistas, de un mendigo borracho... Ahora lucen lustrosos... sus collarines y sus ropitas. Porque siguen siendo unos hijos de nadie, unos cócteles urbanos adonde se ve poco la raza, pero la pasta es así, el dinero lustra, como quiera que sea.

...Vivian tampoco es racista. Ni siquiera con los perros. Empero, lo suyo tiene más urgencia. El planeta no puedes esperar... y hasta que tiene que quedarse en su sitio, no estorbar, porque sale a tomar el aire y se encuentra a este precioso hombre que aguanta su copa a la altura del pecho, calmoso y meditabundo en el balaustre de una terraza de la mansión que la gente parece haber olvidado. Da al jardín, y un poco al parking, adonde los coches de lujo. Es una bonita noche estrellada. La música de fondo son las charlas de los perroadictos cuchicheando en la distancia, en el salón de baile reconvertido en desfile de adefesios caninos... y el hombretón guapo que se acoda allá afuera contemplando el firmamento.

“Joder, es un momento en que lo ves y, Dios mío, es para comérselo”

Así lo describe Vivian. La envolvente de la bonita casa, el olor del jardín, la noche, hace que el tipo se haga más prometedor que acaso topárselo de frente en el ascensor de una de las torres de Manhattan. Lleva una americana preciosa, unos pantalones preciosos, unos zapatos preciosos...

—Bonita noche, ¿no te parece? —lo caza Vivian. A traición. El tipo no puede escaparse; hasta ahora lo ha visto de espaldas, pero, al girarse, ahora es Vivian la que no va a escapar. Robert es un galán de los pies a la cabeza:

—Oh, sí. Una noche preciosa —y se miran, unos instantes. Lo que viene después es el natural protocolo de las especies de ciudad: —Me llamo Robert, Robert Potter.

“¡Joder, y encima se presenta al estilo Bond, James Bond!” describe Vivian.

“Psss... Lo único malo es lo de Potter”, le digo yo.

“Ya... pero no es un tipo con truco. Es un tipo de verdad”.

—¿No has venido con tu perrito? —pregunta Robert.

—Oh, no. No tengo perrito.

—Ah, como yo. Somos de los que venimos a observar, y quizá salga de aquí algo productivo. Es decir, una adopción.

—Sí, he visto la caja con los cachorritos... No sé, tengo poco tiempo libre.

—Oh, yo sí que tengo poco tiempo libre —se sonríe él.

“Vale... te lo ha puesto fácil. Es hora de que le preguntes su profesión, en qué invierte tanto tiempo; quizá sea científico de La Nasa, pero a lo mejor es un quiosquero que abre de 6:10 a 8:30 de la noche”.

“Me quieres joder, Nena... pero no vas a conseguirlo”, se defiende Vivian. “Ahora viene lo bueno... No quiso decírmelo, pero le insistí y, no te lo vas a creer: ¡es un doctor!”

¡Guau! Pues sí, promete. Sin embargo, le explico de nuevo a mi amiga lo de la “envolvente” alrededor de un tipo al que le atribuyes muchas expectativas. Una profesión de esa talla erige a un cualquiera a un pedestal idealizado que puede ocultar otra parte más oscura de la realidad. Vete a saber, incluso si no es en el fondo un idiota, por doctor podría tratarse de un filántropo empedernido que invierte su talento curando negros en África, por lo que, asimismo, saldría rana.

“Es mejor que eso”, y Vivian coge aire. Le aletean las manos, y entonces me confiesa que no quiere soltármelo todo de golpe, que quiere disfrutar este momento.

“¿Disfrutar, el qué?”

“Que te lo estoy contando, sólo eso...” y vuelve a coger aire. “Vale, agárrate”, me previene. “Robert, Robert Potter, es ¡un cirujano!”

Mierda. La envolvente es mayor y más confusa de lo que imaginaba. Será un cabrón, un bastardo, un sinvergüenza... pero es un cirujano. Supongo que las mujeres le perdonan a un cirujano un 50% más de errores fatales que a un bombero, o a un electricista. Simplemente, poder alardear que tu marido es cirujano compensa muchas pegas en una relación.

“No, pero... esto no termina ahí”, me dice Vivian.

“Ok, capto. No es un cirujano corriente y moliente”.

Debe no serlo. Si fuese neurocirujano, muchos podrían tildar a Vivian de salir con un loquero. Otro tipo de matasanos, por ejemplo de urgencias, igual podría tener que coserle el pene malherido a un negrata de poca monta de Harlem que extirparle las almorranas a un taxista indio. Eso sería muy poco glamoroso.

Vivian toma aire otra vez:

“Evidentemente, esto no termina aquí”, me puntualiza, con el dedo alzado y una sonrisita voraz; quiere verme el ánimo, quizá la envidia sana...

Bah, las mujeres no sentimos envidia sana.

“Venga, sigue disfrutando... Aprovecha este momento magistral...” le digo, resignándome.

“Vale, allá va...” me dice, cuando cree que ya ha saboreado lo suficiente su momento de gloria. “Robert, Robert Potter, no es un cirujano cualquiera. Es un... un... un ¡cirujano plástico!”

Mierda, lo sabía. Me muero de envidia. Se me ve en la cara. Tomo café, con ganas. Es un comodín para destripar mis entrañas allá adonde deben, que no se me note que yo hubiera querido estar ahí, entremedios de Robert y un millón de mujeres más; me las quitaría de en medio a bocados de hiena.

"Has puesto justo la cara que creí que podrías", me señala.

"Sí, y lo siento; ha sido una reacción natural. Me alegro mucho por ti. Doctor, cirujano, y encima plástico".

"...Lo de plástico lo discutió enseguida".

—No me gusta nada el término cirujano plástico. Es un poco ofensivo —dice Robert, allá en su magnífico poderío; es Dios, simple y llanamente. —No injertamos en la gente un artificio tan mundano como el plástico, ni el "plástico" se nota allá adonde intervenimos. La gente común cree que recauchutamos a nuestros pacientes con siliconas y químicos tóxicos, incluso hay quien dice que usamos poliuretano expandido, pero sobretodo me preocupa que digan que lo hacemos sin pensar en el lado psicológico de nuestros pacientes o del *qué dirán* de su entorno, o que no curamos carencias de personalidad al recomponer, más que sus cuerpos, la autoestima de tantas y tantas personas. Otros creen que arañamos juventud con extremas técnicas de pinzado facial y otros efectos visuales que apenas engañan a los crédulos, como un mago sobre el escenario. Aberrante, la verdad.

Y Vivian no dice nada. No sabe la cara que ha puesto, pero es de idiota total. Tiene la boca abierta. Ni se ha percatado de ello.

El cirujano sí, y la mira por dos veces:

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, sí, claro. Absolutamente conforme —dice Vivian.

"La verdad", me cuenta mi amiga, "al principio creí que era un cerdo. Luego, resulta que recita como los ángeles".

"¿Y por qué creías que era un cerdo?" la investigo.

"Porque me miró el escote nada más verme. De hecho, cuando lo sorprendí se giró y lo primero que hizo fue mirarme las tetas. Eso sí, de una manera que nadie había hecho antes".

“Joder... ¿hay más de una manera de mirarnos las tetas, Vivian?”

“Pues sí. Me quedé de piedra cuando el tipo no sólo me miró el pecho antes de hacerlo a los ojos, sino que encima se movió a un lado para ver la curvatura y el alza de mis senos con cierta perspectiva. ...Ahora entiendo que sólo un cerdo o un cirujano plástico habituado a evaluar las mamas de las mujeres pueden actuar así, por instinto”.

“Cierto. Eso debe ser. Un tipo que mira unas tetas sin saber quién las lleva puestas es un animal; podrías haber sido un travestido con bigote”.

“Eso mismo pienso yo... pero no... es cirujano...” y Vivian se hace la tonta, plenamente enamorada. Se deja caer a un lado, completamente rendida.

—Te vi llegar —dice Robert. Con esa afirmación, es evidente que la cosa mejora. El tipo no sólo es un superman, sino que ahora deja entrever que ya ha reparado en mi amiga. Y desde lo clandestino, quizá en la misma obscuridad del jardín... espíandola... aunque, para Vivian, el verbo adecuado a estas alturas sería: adorándola.

—¿Ah sí? —dice mi amiga, haciéndose la tonta.

—Sí. ¿Has venido en eso? —señala, con la barbilla.

Como tonta, Vivian se gira hacia su coche; el jardín, el parking... está todo ahí. Entre otros autos chic, su muy diplomático híbrido japonés se antoja un coche futurista de los noventa. Tiene un poco de pingüino, y otro tanto de esmoquin. Formal, y apenas personalizable por el ambientador que cuelga del espejo retrovisor, dentro.

—¿Lo compraste por economía o por ecologismo? —pregunta Robert.

—Oh, por ecología, claro. Mi sueño es una ciudad verde donde la gente vaya de aquí para allá en bicicleta.

—¿Te refieres a esa sociedad que planta verduras en Central Park y que lleva sombreritos de girasol para recoger la energía solar mientras van al trabajo, cargando la batería

del móvil? Pues has empezado muy mal —la cree reñir el cirujano. Vivian se queda de piedra. —No es el auto adecuado. Estás contaminando un montón, te lo digo yo.

Mierda... Un jilipollas... Eso creyó Vivian. La están poniendo en su sitio. La copa alzada, el gesto, la chulería... Ya no es de galán, sino de metomentodo.

—Ajá... quizá podrías ilustrarme —dice Vivian.

—Sí, claro. Mira, mi coche es aquél —y lo señala, con la copa. Es un auto de hombres, por eso no lo ha señalado con la barbilla. Señalarlo con la copa de whisky es más varonil. Y sí, es un coche de bravucones. Es un todoterreno americano de pura cepa, uno de esos vetustos cachivaches de hierro y acero, y plomo, y estaño, pesado como un buey y ebrio de tanto combustible a cada milla que recorre.

—¿Eso? —duda Vivian. Un puto Jeep. Precisamente, junto con el Hummer el punto de mira de los sprays reivindicativos de los ecologistas más animosos. —Conduces uno de los coches de nuestra lista negra.

—Patinas, muñeca —sonríe él. —Sopesas sólo la parte superficial de tu cochecito japonés, la que te mete por los ojos el marketing para sensibleros acomodados. Emites pocas emisiones, ¿no es así?

—Esa es la idea —y Vivian lleva sus puños a la cintura, algo alterada.

—Vale, te lo concedo. Tu auto milagroso emite menos emisiones contaminantes a la hora que una oveja australiana y sus ventosidades. Eso está bien, pero, ¿has pensado en el proceso de manufactura de la materia prima que tu auto necesita desde las minas hasta el momento en que el coche termina en tu muy solidario y moralista garaje?

“Suen a capullo, tal como me lo cuentas”, no dudo en soltarle. Ella levanta la mano. El cirujano aún no ha terminado:

—Mi todoterreno es el auto menos contaminante de toda Norteamérica —continúa Robert. —Si tenemos en cuenta no sólo el consumo de combustible, sino el proceso

de fabricación, mantenimiento y destrucción, o reciclaje, mi coche estaría situado a la cabeza de una larga lista de coches ecológicos donde el tuyo aparecería en un despreciable puesto número setenta y cuatro.

Vivian ahora se cruza de brazos. Es un capullo. Presume de lo que no sabe. Si estuviese predicando de siliconas y químicos de cirugía plástica, vale... pero, del coche de Vivian...

—Tendrás que justificarme eso —dice Vivian.

—Sí, claro. Las baterías del sistema de propulsión eléctrica de tu auto contienen níquel, el mismo que se extrae en una zona de Ontario ahora misma muerta en muchas millas a la redonda, sin vegetación o vida animal, gracias a la lluvia ácida y a los vertidos altamente contaminantes de las plantas de extracción. Ese jodido níquel va luego a Europa, donde se refina en otro proceso altamente perjudicial para el medio ambiente. Luego se envía a China, donde se contamina con él ya lo indecible al transformarlo otra vez para que en Japón puedan “enchufarlo” en las malditas baterías. Luego, de vuelta a nuestro país, a tu auto, y tú tan feliz sin saber que en todo ese proceso se ha usado desde gasoil a carbón, desde la mano de obra esclavizada de las potencias emergentes a la trata de blancas de las prostitutas clandestinas de las fábricas chinas.

“Joder, tu amigo es un imbécil”, deduzco, y lo haga en su cara. “Por esa regla de tres, todos somos unos cretinos por no cortarnos las venas viendo las noticias”.

“No, es maravillo... Me dejó planchada... No supe qué responder...”

“¿Ahora crees que es maravilloso?”

—Cariño... —dice Robert, muy prepotente, —los ferraristas de Estados Unidos producen menos emisiones contaminantes a la atmósfera que el colectivo de ecologistas de este desdichado país.

...Pues, francamente, aunque mi amiga esté perdida por él, en serio, para mí no deja de ser un capullo.

## Capítulo segundo

Hay que ver, lo rápido que un hombre maravilloso se convierte en un capullo y viceversa. Porque tenía un concepto negativo de Robert. Por un lado, atrayente, irresistible, cirujano... Por el otro, un creído de cuidado, un listillo. Empero, cuando lo veo entrar en la cafetería, con su americana, con su reloj, con la atención que le presta a su busca... Sí, es un tipo importante, un tipo imprescindible en alguna parte. Se deja intuir, porque pide apenas un minuto para hacer una llamada de urgencias que, vaya uno a saber, a lo mejor está entrelazada de alguna manera con La Casa Blanca.

Oh, no... es "plástico", cirujano plástico. Sus emergencias son otra cosa.

—Hola, soy Robert, Robert Potter —se presenta, cuando reaparece después de hablar por su móvil, ojalá que salvando vidas. Yo miro por un instante a Vivian, y Vivian me devuelve esa mirada de complicidad; sí, ha vuelto a hacerlo, ha vuelto a presentarse tal como lo hace James Bond. Me estrecha la mano, y yo creo estar atrapada en una tenaza de terciopelo. Es firme, es real... existe.

—Hola, Robert. Te habrán hablado de mí. Es decir, te habrán hablado mal.

—Sí, claro... —bromea, mientras se quita la americana. Toma asiento, pero antes que eso sigue bromeando: —No, en serio... ¿Eres la amiga cruel con la que tanto he soñado en estos últimos días?

—Bueno, espero que hayan sido sueños y no pesadillas —me burlo yo ahora. Vivian sonríe. Aún no está nerviosa. Tiene por qué, porque soy punzante. Empero, aún sigue en su nube de estupidez. —Me han dicho que eres doctor.

—Sí, algo de eso. Lo intento, siempre. Cada día aprendes algo nuevo.

—Ya... ¿Es que la gente es tan distinta por dentro? Pensé que estabas harto de apartar siempre las mismas tripas; Vivian dice que estás siempre muy ocupado. Dos semanas, y apenas te conozco ahora.

—Hago lo que puedo con mi vida personal —sonríe.  
—Lamento haberte hecho esperar.

—Bueno, la espera ha valido la pena. Tienes buena pinta.

—Oh, gracias. No sabía que Vivian tuviera un perro guardián.

—Lo tiene, lo tiene.

Sonreímos. Somos un par de cachondos. Vivian calla, como una idiota. Joder, me dan ganas de robárselo; Vivian no suele tener mucha salsa.

—Incluso intenté quedar con Vivian hace un par de días, pero fue imposible —y vuelve a disculparse, ahora pasándole el brazo por encima a su chica y acariciándole los cabellos. Pedimos nuestros cafés.

—¿Y por qué no quedaste? —indago.

—Oh, una emergencia.

—Vaya... no sabía que fueras un chapuzas.

—¿Un chapuzas? ¿Perdón...?

—No existen emergencias en la cirugía plástica. ¿Dejaste algún cabo suelto?

Robert carraspea. Entonces mira un instante a Vivian. Por suerte, aún no me ha mirado el escote. Me lo he agrandado con un alfiler, a ver si consigo que se le vayan los ojos, que se le caigan dentro, adonde mis tetas. Empero, eso aún no ha ocurrido. Sí que pasa lo que teníamos previsto, que lo iba a chincar todo el rato; está incluso advertido:

—En fin, no todo el mundo reacciona igual a la anestesia, por ejemplo. O no todos los cuerpos cicatrizan igual. Ésas son mis emergencias.